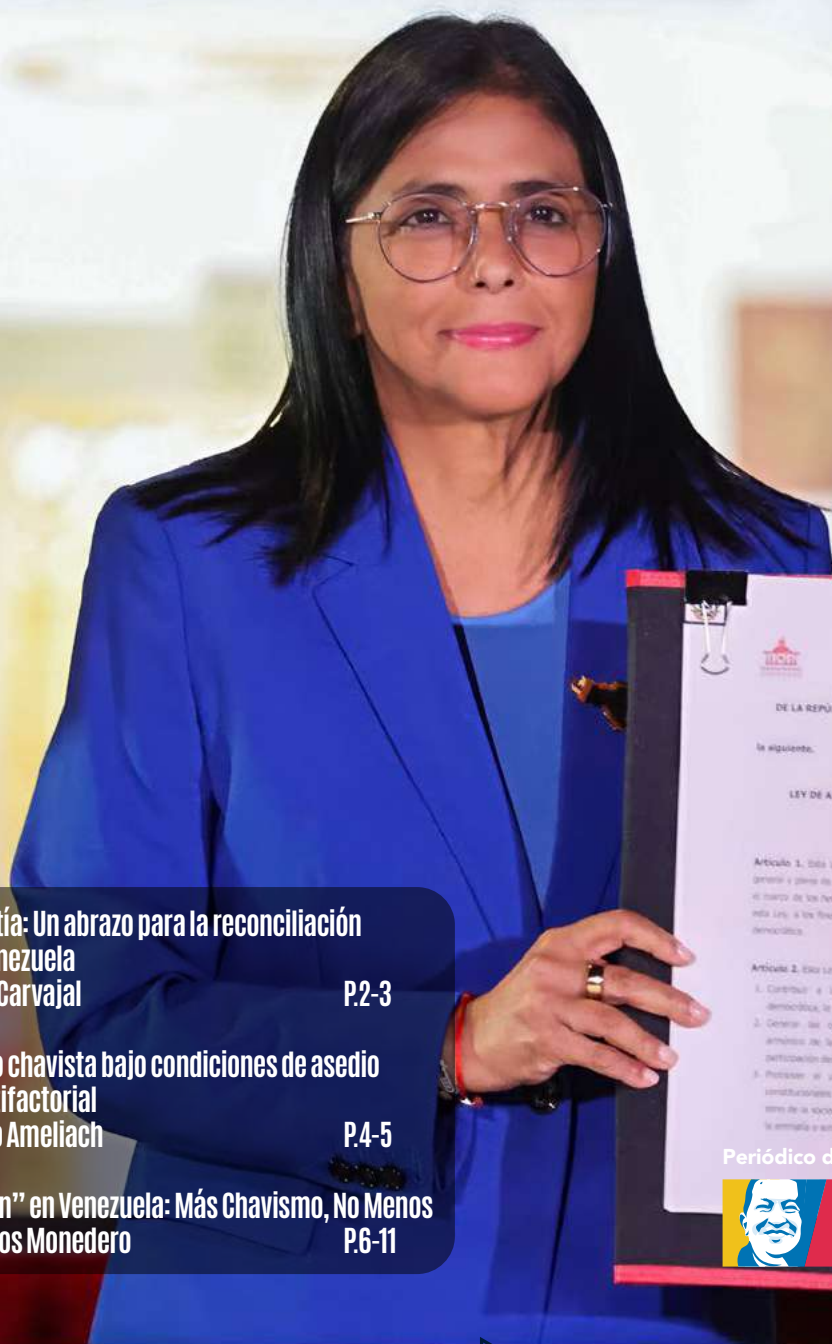


SEMANARIO CUATRO F

VENEZUELA, DEL 19 AL 26 DE FEBRERO DE 2026 • AÑO 11 N° 472

Amnistía: Un acto de Paz



Ley de Amnistía: Un abrazo para la reconciliación y la paz de Venezuela

Por Johanna Carvajal

P.2-3

Pragmatismo chavista bajo condiciones de asedio y guerra multifactorial

Por Francisco Ameliach

P.4-5

La “Transición” en Venezuela: Más Chavismo, No Menos

Por Juan Carlos Monedero

P.6-11

Periódico del



PSUV
PARTIDO SOCIALISTA UNIDO DE VENEZUELA

Ley de Amnistía: Un Abrazo Para la Reconciliación y la Paz de Venezuela



Por Johanna Carvajal.

En una jornada que quedará grabada en la historia de la Patria, la Asamblea Nacional (AN) aprobó por unanimidad la Ley de Amnistía para la Convivencia Democrática, un instrumento que marca un antes y un después en el camino hacia la reconciliación nacional. Este hito legislativo, enmarcado en la cuarta transformación (4T) y como parte de las 7 Transformaciones (7T) rumbo al 2030, no solo representa un gesto de

humanismo, sino una reivindicación de la esencia más profunda de la Revolución Bolivariana: la vocación de incluir, perdonar y construir Patria desde el abrazo del pueblo.

La iniciativa, impulsada por el presidente Nicolás Maduro y materializada tras un arduo debate de 20 días con consultas públicas, se inspira directamente en los hitos fundacionales del proceso revolucionario. Tal como aquella amnistía que permitió al Comandante Eter-

no Hugo Chávez transitar del cuartel a la calle tras el 4 de febrero de 1992, para luego conducir al pueblo a la victoria del 6 de diciembre de 1998, esta nueva ley busca enterrar definitivamente los odios y abrir las compuertas a una nueva etapa de convivencia. Es la continuación de aquel 13 de abril de 2002, cuando el pueblo en la calle y los militares patriotas rescataron el hilo constitucional.

Concluido el debate en el hemiciclo, el presiden-

te de la Asamblea, Jorge Rodríguez, remitió el texto a la presidenta encargada de la República Bolivariana de Venezuela, Delcy Rodríguez, para su promulgación, en cumplimiento del artículo 213 de la Constitución. El Artículo 8 de la norma establece los 13 hechos políticos que serán objeto de amnistía general, abarcando más de dos décadas de conflictividad:

1. Golpe de Estado del 11 y 12 de abril de 2002.
2. Paro y sabotaje empresarial y petrolero (diciembre 2002 – febrero 2003).
3. Hechos violentos en torno al referendo revocatorio de 2004.
4. Manifestaciones de mayo de 2007.
5. Disturbios políticos entre julio y septiembre de 2009.
6. Conflictividad post-electoral de abril de 2013.
7. Protestas de febrero a junio de 2014 (guarimbas).
8. Actuaciones de la **Asamblea Nacional (2016-2020) y el desconocimiento de instituciones.
9. Protestas de marzo a agosto de 2017.
10. Hechos de enero a abril de 2019.
11. Procesos internos para la selección de candidatos presidenciales

en 2023.

12. Violencia política en el marco de las elecciones presidenciales de julio de 2024.

13. Conflictividad en las elecciones regionales y para la Asamblea Nacional de 2025.

Perdón, pero sin impunidad: Delitos excluidos

La amplitud del listado no debe leerse como impunidad. La ley fue construida con precisión quirúrgica: mientras abre la puerta a quienes incurrieron en conductas vinculadas a la conflictividad política, la cierra con firmeza frente a delitos graves. Quedan excluidos del beneficio:

- Violaciones graves a los Derechos Humanos.
- Homicidio intencional.
- Tráfico de estupefacientes.
- Delitos previstos en la Ley Contra la Corrupción.
- Acciones armadas o de fuerza contra Venezuela por parte de actores extranjeros.

"Hay que saber pedir perdón y saber recibir perdón"

Desde el Palacio de Miraflores, la presidenta Encargada, Delcy Rodríguez, recibió a la Comisión Especial de la

Asamblea Nacional para la formalización de la Ley. Durante el acto, destacó que este instrumento legal representa una "esperanza para Venezuela" y un paso decisivo para que el país se despoje del odio y la intolerancia. "Hay que saber pedir perdón y saber recibir perdón", afirmó la Mandataria, subrayando la madurez política de todos los sectores, incluyendo a diputados de la oposición y del chavismo, quienes lograron sancionar la Ley por unanimidad.

La Mandataria Encargada enfatizó que el objetivo es sanar heridas derivadas de delitos con origen en violencia política registrados desde 1999 hasta la fecha, permitiendo el retorno a la vida nacional de quienes, engañados por la oligarquía, tomaron caminos equivocados.

Con esta acción, la Revolución Bolivariana demuestra, 27 años después de aquella primera victoria popular, que su fortaleza es moral y su camino es el de la democracia más profunda. La ley, una vez publicada en Gaceta Oficial, no es un punto final, es un punto y seguido en la construcción del Socialismo Bolivariano y la paz duradera de la Patria.

Pragmatismo Chavista Bajo Condiciones de Asedio y Guerra Multifactorial



Por Francisco Ameliach.

Pragmatismo absoluto o neoliberal

El pragmatismo absoluto o neoliberal constituye el planteamiento del pragmatismo como motor de la despolitización y la desideologización, uno de los fenómenos sociopolíticos globales más relevantes de las últimas décadas.

Cuando la política se desplaza hacia el pragmatismo absoluto, deja de ser una lucha de valores para convertirse en una administración de recursos. Esto trae como consecuencia el fin de los grandes relatos: Siguiendo la lógica de autores como Daniel Bell (El fin de las ideologías),

se asume que las grandes disputas históricas han terminado y que solo queda optimizar el sistema actual global predominante.

Hugo Chávez se opone a la tesis del pragmatismo absoluto y de “el fin de las ideologías”. En El Libro Azul, plantea lo siguiente: “Vivimos efectivamente, una era donde las ideologías parecieran extinguirse. ‘El fin de las ideologías’, así la han llamado no pocos estudiosos de la época...Y es precisamente, en este marco desideologizado y con el propósito de hallar recursos válidos para que nuestro pueblo avance por el mapa intrincado y complejo del futuro que nos hemos atrevido a invocar un modelo ideoló-

gico autóctono y enraizado en lo más profundo de nuestro origen y en el subconsciente histórico del ser nacional”.

Autores contemporáneos como Slavoj Žižek argumentan que el pragmatismo absoluto es, en sí mismo, la “ideología invisible”. Al decir «no soy ideológico, no soy político, soy práctico», se está aceptando de forma acrítica el statu quo (generalmente el neoliberalismo) como si fuera una ley natural y no una elección política.

El peligro del pragmatismo absoluto es que puede convertir a la política en un simple «mantenimiento del sistema imperialista», perdiendo la capacidad de imaginar futuros distintos o

cambios estructurales profundos.

Cuando el pragmatismo absoluto choca con la mística revolucionaria, se produce una ruptura que afecta tanto la identidad del movimiento como su vínculo con el electorado. Para un movimiento basado en la lucha heroica (Revolución Bolivariana), la memoria histórica e ideológica es su principal activo; es lo que legitima su existencia.

La fidelidad de los votantes de base dura en movimientos épicos no es racional-económica, es mayormente emocional y moral. El pragmatismo absoluto rompe esa fórmula causando desmovilización: la lucha heroica requiere militancia activa. Al desaparecer la «mística», desaparece la voluntad de defender al proyecto en momentos de crisis.

Pragmatismo chavista

Hugo Chávez, sin abandonar su fuerte carga ideológica, planteó el pragmatismo como método o táctica de resistencia activa para alcanzar principios ideológicos y objetivos históricos, por tal motivo fustigó el dogmatismo, especialmente cuando sentía que la teoría alejaba a sus seguidores de la realidad o de la eficiencia necesaria para gobernar.

Chávez solía criticar a

quienes pretendían gobernar siguiendo libros al pie de la letra, sin interpretar correctamente los diferentes contextos que prefiguran la realidad existente. En una oportunidad expresó:

“No nos dejemos encajonar en dogmas. El dogmatismo es el peor enemigo de la creación revolucionaria”.

Sobre la unidad por encima de la “pureza ideológica” Chávez era un gran estratega de la unión. Criticaba a los grupos de izquierda radical que se fragmentaban por «purismos».

“Unidad, unidad, unidad. Debemos ser capaces de trabajar con quienes no piensan exactamente igual que nosotros en aras de un objetivo superior.”

La influencia del pensamiento antidogmático de Hugo Chávez en la Ley Antibloqueo en la cual se inspira la reforma de la Ley de Hidrocarburos, ambas leyes propuestas por la actual Presidenta (E). Delcy Rodríguez, es una línea directa que el gobierno de Nicolás Maduro ha utilizado para legitimar un giro necesario para enfren-
tar el bloqueo económico impuesto por Estados Unidos. La ley no es una traición a la Revolución Bolivariana, sino una apli-

cación del pragmatismo chavista bajo condiciones de asedio y guerra multifactorial.

Cuando un gobierno realiza reformas sociales, económicas o políticas para evitar una guerra, está aplicando un cálculo de costo-beneficio. El pragmatismo aquí reside en reconocer que el costo de la reforma es menor que el costo total de una invasión, la guerra civil, la destrucción de la infraestructura y la posible pérdida del poder. Se cede en lo secundario: una ley, una política económica, para salvar lo principal: la existencia de la República Bolivariana de Venezuela.

No tengo la menor duda de que la Presidenta (E). Delcy Rodríguez está haciendo lo correcto según la lógica del pragmatismo chavista. Si Chávez estuviera vivo ante una amenaza de ocupación o colapso total, él no se aferraría a una ley que asfixiara al pueblo, sino que «rompería las amarras» para salvar la República.

El pragmatismo chavista aplicado por la Presidenta (E). Delcy Rodríguez permite que la República Bolivariana de Venezuela sobreviva mientras mantiene su identidad histórica – ideológica. Es precisamente su identidad histórica – ideológica el principal elemento disuasivo, ante amenazas externas e internas.

La "Transición" en Venezuela: Más Chavismo, No Menos



Por Juan Carlos Monedero.

Siempre he pensado que la revolución bolivariana tuvo más éxito en pelear contra el neoliberalismo, que en ese momento estaba en su apogeo, que en superar los problemas estructurales históricos de

Venezuela. Tampoco es extraño.

Porque para superar los problemas históricos de un país hace falta, al menos, una generación y, lo que no es un detalle menor, que no tengas a los EEUU poniendo palos en las ruedas. En España

se murió Franco hace 50 años y todavía nos huelen los pies a franquismo. La judicatura está llena de franquistas, los partidos de la derecha son franquistas y las principales televisiones son amables con el franquismo. Chávez siempre tuvo una agenda inmediata y otra a

largo plazo.

La Venezuela chavista, la que acabó con el analfabetismo, devolvió la dignidad a los barrios, hizo una de las Constituciones más avanzadas del mundo, empezó a cuidar a los ancianos, abrió hospitales, escuelas y universidades, construyó casas para el pueblo, unió al continente con la UNASUR y la CELAC, le devolvió la dignidad al barrio, claro que tiene que seguir avanzando. La compleja situación actual después del 3 de enero sirve para, precisamente, seguir avanzando. Avanzar no significa, como pretende la oposición representada por una señora que se llama a sí misma terrorista y que no ha sido capaz de ganar apenas elecciones en el país, dismantelar los logros alcanzados. Todo lo contrario.

Andan los politólogos, los mismos que han estado enredados durante décadas con la mentira de que la democracia norteamericana era el ejemplo de democracia para el mundo, intentando comparar

el momento actual de Venezuela con la España a la muerte de Franco. La Venezuela asediada por el ejército más poderoso del mundo -y que además posee armas nucleares que podría usar-, con la España de la Transición, intentando encontrar justificaciones para ocultar el hecho incontrovertido y más relevante: el presidente constitucional Nicolás Maduro, y la diputada y primera dama Cilia Flores, han sido secuestrados por otro país en una declaración de guerra de facto.

La ruptura del cacareado "mundo basado en reglas", al que recientemente también ha enterrado el presidente de Alemania Friedrich Merz, ha evitado que el gobierno de Trump cumpla con los trámites que se exigen en los EEUU para un acto como el del 3 de enero. De ahí que senador republicano Rand Paul echara en cara al secretario de Estado Marco Rubio la ilegal actuación: ¿es que si un país invadiera EEUU y secuestrara a nuestro presidente y a la primera dama

no sería un evidente caso de declaración de guerra? -le preguntó el republicano. Es importante no olvidar esto porque el presidente Nicolás Maduro está en Nueva York como prisionero de guerra.

Digo que están jugando con la idea de la Transición para intentar borrar de un plumazo el pasado bolivariano y la victoria electoral de Chávez en 1998, victoria que se logró pese a todos los intentos de EEUU para evitar ese resultado. En el papel de "ejecutora" estaba la entonces secretaria de Estado, Madeleine Albright (la Marco Rubio de Clinton), a la que la democracia le importaba bien poco. Como si el secuestro de Maduro fuera equiparable a la muerte biológica de Francisco Franco, un dictador que dio un golpe contra la II República con ayuda de Hitler y Mussolini, que masacró a los maestros y a los intelectuales, que asesinó a 200.000 españoles (Lorca todavía es un desaparecido), que desterró a 500.000 republicanos, metió en cárceles conde-

nados a trabajos forzosos y torturas a 350.000 que no secundaron el golpe y robó, según estimaciones de organizaciones civiles, a 300.000 hijos de mujeres republicanas presas. ¿Quién con una brizna de decencia puede comparar un proceso político nacido de la victoria en las urnas de Hugo Chávez con la victoria militar de un dictador apoyado por la Alemania nazi y la Italia fascista?

Además, como si la Transición española hubiera tenido lugar con el mar Mediterráneo, el Cantábrico y el Atlántico repletos de barcos y aviones cargados de bombas y misiles en una suerte de cerco medieval. Como si hubieran robado las riquezas de España para generar un levantamiento popular o como si el ejército de EEUU hubiera conminado al franquismo a disolverse, cuando lo que hizo fue todo lo contrario. Porque la misma lógica imperial de EEUU -y esa sí que es la misma- es la que condujo la Transición en España para que no ganara la izquierda y la

que ha estado intentado tumbar al chavismo desde diciembre de 1998.

La idea de concordia y entendimiento del chavismo con la oposición existen desde siempre, porque desde siempre la oposición intentó tumbar a Chávez y luego a Maduro, y siempre se les perdonó, lo que solo sirvió para que los mismos siguieran intentándolo. Ahí está María Corina Machado, que firmó el decreto de Carmona Estanga, con el que se quiso sustituir al gobierno de Hugo Chávez con un golpe dirigido por la patronal, por militares traidores y por los EEUU en 2002. Chávez perdonó a los golpistas y se lo agradecieron con el sabotaje petrolero.

Algunos han oído la palabra “amnistía” y creen que todo es lo mismo. Pero no. La amnistía en la Transición española se exigía para demócratas antifranquistas que habían luchado contra una dictadura que nació de la mano de Hitler y Mussolini. Ser antifranquista en España es una obligación

de cualquier demócrata, igual que ser antifascista o antinazismo. Pero los antichavistas que terminaron en la cárcel lo son por haber ejercido la violencia o pretender acabar con gobiernos nacidos de las urnas y de la Constitución.

La amnistía en España fue un logro de los demócratas, mientras que la amnistía en Venezuela es un ejercicio, otra vez, de la enorme generosidad del chavismo en un contexto de amenaza constante contra la vida de los venezolanos por parte de los EEUU. ¿O nos olvidamos del infierno que cayó del cielo el 3 de enero, de los 120 asesinados, de las lanchas hundidas con misiles o de los barcos petroleros secuestrados? En España, una golpista y terrorista como María Corina Machado estaría en la cárcel. En la Cumbre de Seguridad de Munich en febrero de 2026 siguió pidiendo un golpe duro y violento para Venezuela. Los “demócratas” europeos y latinoamericanos hubieran pedido la “amnistía” para ella.

Vengo dándole vueltas al episodio del “tren a la Estación Finlandia”, un suceso decisivo para la revolución rusa donde hubo que decidir si dar dos pasos atrás para poder dar un paso adelante.

Ese momento fue narrado espléndidamente por Edmund Wilson en *La estación Finlandia* (un libro de 1940). Ahí se resume un dilema estructural de la izquierda: cómo actuar en la historia real sin quedar paralizada por la pureza ideológica. El regreso de Vladimir Lenin a Rusia, facilitado por la Alemania imperial —enemiga del zarismo—, no fue una alianza política ni una adhesión ideológica, sino una decisión táctica en una coyuntura extrema. Rechazar esa posibilidad habría significado renunciar a intervenir en un proceso histórico abierto. De hecho, Trotsky, el enviado por Lenin, se levantó de la mesa el 10 de febrero de 1918. Tuvo que volver tres semanas después para aceptar unas condiciones alemanas mucho más duras.

Wilson muestra que las tradiciones emancipatorias no avanzan en condiciones limpias: se mueven en terrenos atravesados por guerras, asedios y contradicciones. Aceptar el “tren” implicó riesgos reales —pérdida de legitimidad, dependencia, acusaciones de traición—, pero también expresó una verdad incómoda: la alternativa a veces no es la coherencia moral, sino la irrelevancia política.

La lección no es romantizar esas decisiones, sino reconocer que la izquierda, cuando enfrenta situaciones límite, debe equilibrar principios y eficacia, asumiendo conscientemente los costos. Los “trenes a Finlandia” no garantizan el éxito ni preservan la pureza, pero pueden ser la única vía para mantener vivo un proceso político y disputar el poder real. Negarlos de antemano es elegir la derrota en nombre de una ética abstracta.

Desde una lectura de izquierda, el episodio plantea un problema más complejo y honesto: qué

hacer cuando la coyuntura histórica obliga a elegir entre la pureza ideológica y la posibilidad real de intervenir en la historia. Dar dos pasos atrás para poder dar un paso adelante.

Lenin aceptó el “tren a Finlandia” no por afinidad con el imperialismo alemán, sino porque entendió que la guerra imperialista había abierto una grieta histórica irrepetible. El cálculo fue crudo: usar una contradicción entre potencias para regresar al terreno político, intervenir en un proceso revolucionario vivo y disputar el poder a una élite incapaz de sacar a Rusia del desastre social y bélico. Rechazar esa vía habría significado, probablemente, renunciar a toda capacidad de acción en nombre de una coherencia abstracta.

Aquí emerge un dilema recurrente para la izquierda. El riesgo de aceptar ayudas, mediaciones o condiciones impuestas por actores que no comparten —o incluso combaten— el proyecto emancipador, con el riesgo de que pue-

de erosionar legitimidad, abrir flancos morales, generar divisiones y generar dependencias futuras. Y la necesidad en contextos de asedio, guerra o bloqueo, donde negarse a toda negociación “impura” puede equivaler a dejar intacto el orden que se pretende transformar.

El “tren a Finlandia” no es, entonces, una anécdota de traición, sino una metáfora política. Representa el momento en que una fuerza de izquierda debe decidir si prioriza la supervivencia y la intervención histórica, aun pagando costos simbólicos, o si se repliega a una coherencia que, aunque moralmente impecable, resulta políticamente estéril.

La lección incómoda es que los procesos emancipatorios no avanzan en condiciones ideales. Se mueven en terrenos contaminados por relaciones de fuerza desiguales, presiones externas y decisiones contradictorias. La izquierda que aspira a transformar la realidad debe aprender a navegar esas contradicciones sin

perder de vista su horizonte, sabiendo que cada “tren a Finlandia” implica un equilibrio precario entre táctica y principios. Tomar demasiados trenes a Finlandia puede acabar con el propio proyecto.

Aceptar esos trenes no garantiza el éxito —la historia también muestra cómo esas concesiones pueden volverse contra el proyecto original y ahogarlo—, pero rechazarlos de antemano puede condenar a la izquierda a la irrelevancia política, incapaz de disputar el poder real y de mejorar materialmente la vida de las mayorías.

En ese sentido, el desafío no es negar la contradicción, sino hacerla consciente, debatirla y asumirla colectivamente, sabiendo que la historia rara vez ofrece caminos limpios para quienes intentan cambiarla.

América Latina se está llenando de obligatorios “trenes a Finlandia”, que pasan por Caracas, Bogotá, Brasilia o Ciudad de México, donde los dirigen-

tes tienen que ganar tiempo a la espera, entre otras cosas, de que las elecciones intermedias en EEUU en noviembre de 2026 frenen o, al menos, le quiten la antorcha de la mano al presidente Trump, ya con suficientes problemas dentro de su casa.

En Venezuela, aún asediada por la marina norteamericana, las exigencias norteamericanas no son amables. Por eso hace falta que el pueblo redoble su consciencia. Para no perder el rumbo. Les han puesto una pistola en la sien. Las sanciones y el bloqueo, que incluía secuestrar a cualquier barco que saliera con gas o petróleo, no les ha dejado mucha alternativa. Porque ¿cuál era la alternativa? ¿Perder todo el proceso revolucionario que empezó hace 26 años Chávez? O, a ciencia cierta, un daño enorme para los venezolanos, que ya han visto lo fácil que le resulta a los EEUU desatar un infierno desde el cielo.

Parece sensato hacer de la necesidad virtud y, como hemos venido de-

fendiendo, aprovechar el fin de las sanciones para recuperar todo el daño infligido en estos años y mejorar el nivel de vida de los venezolanos, incluidos los que se tuvieron que marchar. El fin de las sanciones supone poder recuperar el nivel de ventas y de compras que hundió la economía venezolana. Desplegar la colaboración que siempre ofreció Nicolás Maduro. Salir de la persecución que ha dañado al país desde hace más de dos décadas. Siempre sin olvidar el lugar desde donde se están tomando las decisiones, que está presidido por una enorme espada de Damocles.

A Trump solo le interesa el dinero y no le gustan las mentiras. Por eso no quiere a María Corina Machado, porque le hace perder dinero. ¿Pueden encontrarse en esta complicada situación esperanzas, cuando no es asumible olvidar Gaza, olvidar la bravuconería de Trump, olvidar el cerco medieval a Cuba, olvidar los riesgos climáticos del planeta, olvidar el secuestro de un presidente en ejercicio

y de la primera dama, olvidar el rearme militar, olvidar el regreso de la proliferación nuclear?

Con estos trenes al norte, los países latinoamericanos ganan tiempo. El problema estaría en que se quedaran en esa vía. Trump es todo lo contrario de los valores de la izquierda y todos los países que están negociando con EEUU no lo están haciendo hoy desde la plena soberanía y una voluntad autónoma. Ahí está México, teniendo que obedecer la orden de Trump de no mandar petróleo a Cuba, lo que hace que se les salten las lágrimas a todos los fundadores de MORENA. EEUU es una potencia nuclear, en un solo portaaviones tiene más fuerza aérea que, prácticamente, en cualquier país latinoamericano y las sanciones, los aranceles o el cierre de las remesas condena a millones al hambre. No en vano la izquierda sensata siempre ha sido antiimperialista.

La soberanía hoy pasa por redoblar la conciencia

popular y trabajar para la unidad latinoamericana. Si hoy estuviera fuerte y viva, otro gallo cantaría. Por eso le molesta a Trump Naciones Unidas, la CELAC, la UNASUR y hasta la Unión Europea.

Los cambios en marcha en Venezuela deben estar pensados para ahondar en el proceso democrático empezado por Hugo Chávez. Y no nos engañemos: las reglas de juego están rotas. Y no puede haber cambios si la oposición sigue pensando en términos golpistas o si pretende que EEUU les solvete por la fuerza lo que ellos son incapaces de lograr en las urnas.

Los cambios que permiten que un país avance en democracia son cambios de conciencia que logren, a su vez, gobiernos más eficaces y una paz social guiada por la libertad, la justicia social y el bienestar colectivo.

Y sin olvidarse que los trenes a Finlandia son solo eso: trenes a Finlandia.

La Ley de Amnistía y Convivencia, a Examen en la Calle: Del Parlamento a las Asambleas Populares



Por Geraldina Colotti

En Caracas fuimos testigos de la sesión donde la "Ley de Amnistía y Convivencia Democrática" dio sus primeros pasos; aprobada en primera discusión y lista para un segundo debate en el Parlamento el jueves 12. Mientras tanto, se llevan a cabo

consultas y debates para discutirla en todo el país. Para escuchar la lectura del texto propuesto por el presidente de la Comisión Especial, Jorge Arreaiza, estaban presentes todos los partidos del espectro institucional, tanto de gobierno como de oposición. Entre las diversas intervencio-

nes de los diputados de la derecha, destacó la de Tomás Guanipa, elegido por el partido Unión y Cambio, que hace vida en la alianza Libertad.

Un grupo en el que aparecen varios rostros conocidos de la derecha incendiaria, como Henrique Capri-

les o Stalin González, este último pasó de ser uno de los líderes estudiantiles más agueridos contra Chávez, a convertirse en uno de los principales rostros de la oposición "negociadora" e institucional. Un cuadro emblemático de las transformaciones internas de la oposición venezolana, en apariencia distante de quienes provocaron la invasión armada de su propio país, pero siempre tentada por la doble vía.

Guanipa, en su intervención reconoció la importancia del momento, calificando la ley de amnistía como una "necesidad histórica para vaciar las cárceles de la política" y llegar a una "democracia plena"; es decir, a la cancelación de la democracia participativa y protagónica consagrada en la Constitución Bolivariana de 1999, y al restablecimiento de la democracia representativa: "siguiendo las orientaciones de Washington", diría luego otro portavoz de la oposición durante una rueda de prensa al fi-

nal de la noche, en un lapsus detectado de inmediato por una periodista; aunque mitigado por él.

Guanipa, por su parte, recordó los "sufrimientos de los familiares", en referencia a su situación personal, por tener a su hermano, Pedro, bajo arresto domiciliario por malversación de fondos públicos, y otro que, en el momento de su discurso en el Parlamento, se encontraba arrestado por organización de bandas armadas: Juan Pablo Guanipa, estrecho colaborador de María Corina Machado.

Como anunció el presidente del Parlamento Jorge Rodríguez, en las siguientes 48 horas la medida de clemencia en aras de la "reconciliación nacional" llevó a la excarcelación de muchos privados de libertad, entre ellos decenas de políticos arrestados bajo cargos graves; incluido, precisamente, Juan Pablo Guanipa, detenido hace 9 meses con chaleco antibalas y pose belicosa durante las violencias poselec-

torales del año pasado.

Las mismas poses adoptó apenas puso un pie fuera de la cárcel, cuando subió a una moto del "movimiento" para ir a soliviantar a los familiares de los detenidos que esperaban las liberaciones frente a los centros penitenciarios, volviendo a desafiar a las instituciones.

Ahora se encuentra bajo arresto domiciliario a la espera de que su posición, al igual que la de otros excarcelados, pase por el tamiz de la ley de amnistía, que prevé el cumplimiento de ciertos parámetros. Para tener una comparación con Europa: el exguerrillero francés Jean-Marc Rouillan, que había obtenido medidas alternativas tras muchos años de prisión, fue devuelto a la cárcel por responder a las preguntas de un periodista. Al ex brigadista italiano Bruno Seghetti, en semilibertad tras más de veinte años de cárcel especial, se le revocó la medida por asistir al funeral de un viejo amigo, desviándo-

se del trayecto trazado por los jueces.

La propuesta del gobierno bolivariano cubre un arco temporal muy amplio, desde el 1 de enero de 1999 hasta el 30 de enero de 2026, incluyendo los nudos críticos de la historia reciente: desde el golpe de 2002 hasta la violencia poselectoral de julio de 2024. Sin embargo, es una clemencia dotada de una precisión quirúrgica. El artículo 7 excluye taxativamente: violaciones graves de los derechos humanos y crímenes de lesa humanidad; homicidio intencional; corrupción y narcotráfico.

No es la primera vez que los gobiernos chavistas recurren a medidas de clemencia en forma de amnistía e indulto. Lo hizo Chávez y luego Maduro, quien ya estaba incubando este nuevo proceso de reconciliación nacional: “una ley preparada hace tiempo”, declaró el diputado Guanipa a los periodistas.

Es la afirmación de un Estado de derecho

que, aun bajo el inédito chantaje en curso —debido al secuestro del presidente y de la Primera Combatiente—, distingue entre el disenso político y la barbarie criminal (de quienes, por ejemplo, quemaron vivo al joven Figuera o destrozaron el corazón de una anciana chavista a golpes de punzón), e intenta sanar las heridas del cuerpo social, pero sin transformarse en un territorio sin ley.

Una tarea ardua para quienes actúan con una pistola en la sien: apuntada desde el exterior por un “policia global” posicionado fuera y contra cualquier norma del derecho, y desde el interior por sus seguidores, que nunca han reconocido las reglas democráticas y que incluso ahora apuestan por una “revolución de colores”.

Tras la detención del exaltado Juan Pablo Guanipa, la extrema derecha habló de inmediato de “secuestro”, siguiendo el guion habitual, replicado al instante desde Washington por Machado. Por

el contrario, con una inversión semántica en boga también en nuestros medios, el secuestro del presidente se describe como “arresto o captura”: dando a entender que la agresión de la principal potencia mundial es un acto de justicia debida contra un “narco buscado”.

“Hay un país real que produce en paz y seguridad, y uno inventado por quienes, cada día, hablan de traiciones, desapariciones y nos dan por acabados, vendidos o en fuga”, dijo irónicamente el vicepresidente ejecutivo, Diosdado Cabello, durante la rueda de prensa semanal del PSUV, mostrando noticias falsas sobre él construidas con Inteligencia Artificial.

La mayoría de los venezolanos y venezolanas, de hecho, no parecen tentados por nuevos escenarios de violencia; siguen traumatizados por una herida inédita que intentan elaborar colectivizando el dolor de las víctimas del bombardeo del 3 de enero con relatos,

teatro callejero y poesía. Y, sobre todo, con marchas y encuentros públicos que acompañan las decisiones del gobierno. Los de la Comisión de Paz y Reconciliación están involucrando a todos los sectores, con apoyo de los jueces de paz de los territorios.

La ley se discute y “válida” mediante un proceso consultivo de masas. No es una decisión de arriba hacia abajo, sino otra “construcción heroica” (parafraseando a Mariátegui) que pasa por las asambleas populares y busca oponer una interpretación distinta a la “guerra cognitiva” desatada por los medios hegemónicos: mostrar la naturaleza no violenta y participativa del socialismo bolivariano que no pide venganza, sino un reencuentro colectivo para afrontar el dolor.

En un momento en que el imperialismo intenta “balcanizar” el país y su identidad, la respuesta de Caracas es la ampliación de la participación democrática mediante el consenso

al poder político y la unidad nacional. Por ello, tras la conferencia internacional de obreros, estudiantes y artistas; se celebró la de las mujeres, quienes lanzaron la “Brigada de Solidaridad Internacional Cilia Flores”, dando visibilidad a la larga militancia de la diputada secuestrada, jurista y parlamentaria, promotora de leyes a favor de los derechos de la mujer y de los desposeídos.

Nuevos ataques militares —al país o al continente, empezando por Cuba—, asesinatos selectivos o asaltos de mercenarios tentados por la cuantiosa recompensa sobre la cabeza de los dirigentes bolivarianos, están lejos de ser descartables. Tener que pasar por una puerta tan estrecha, hacerse valer sin poder gritar, defender los principios sin provocar en exceso al secuestrador, no es tarea fácil: menos aún ante poderosas “bombas cognitivas” lanzadas para confundir, mientras crece la indignación internacional por el secues-

tro del presidente.

El secuestro del presidente en ejercicio de un país pacífico no tiene precedentes, y marca un punto de ruptura en las normas internacionales. No hay casos análogos. Ni siquiera el de Manuel Noriega, el más citado por el pretexto del “narcotráfico”, es pertinente: Noriega se rindió tras un asedio psicológico en la embajada vaticana en 1990. El secuestro “diplomático-militar” de Jean-Bertrand Aristide en Haití (2004) también tuvo otra dinámica; EE. UU. sostuvo que pidió protección, pero Aristide denunció haber sido víctima de un “secuestro disfrazado”.

El secuestro de Saddam Hussein en Irak, ocurrió en un contexto de insurgencia tras la caída de su gobierno. Hussein era un líder en la clandestinidad cuando fue capturado en 2003. Más atrás, el de Mohammad Mossadegh en Irán, a quien mantuvieron bajo arresto domiciliario hasta su muerte tras la operación Ajax, —el golpe de

Estado de 1953—. El caso de Maduro se distingue por ser un acto de invasión parcial, potente y fulmínea contra un presidente con pleno control territorial y militar, un evento sin precedentes en el siglo XXI.

Este caso se inscribe en la larga estela de agresiones externas basadas en la “diplomacia de la distracción” o el efecto “wag the dog” (cortina de humo): lanzar bombas para desviar la atención de escándalos internos. Entre el 16 y el 19 de diciembre de 1998, los bombardeos realizados por Estados Unidos y Reino Unido en Irak (y en Sudán la fábrica farmacéutica Al-Shifa) justo cuando Clinton enfrentaba el juicio político por el caso Lewinsky. Antes, en 1983, Ronald Reagan, para relanzar su imagen, invadió Grenada; dos días después de la muerte de 241 marines en Beirut. George W. Bush aceleró la guerra de Irak bajo la presión del escándalo Enron, y Richard Nixon bombardeó Hanoi en 1972

(Operación Linebacker II) mientras el Watergate corroía su presidencia.

La agresión actual sigue este esquema: con una administración asediada por encuestas e inestabilidad (perdiendo incluso Texas), Trump usa al “enemigo externo” para distraer de sus fallos y del horror del escándalo Epstein.

En este delirio global, hablar de “perdón” provoca rechazo en algunos sectores. Pero no solo los chavistas tenían los ojos húmedos al escuchar el testimonio de Jorge Rodríguez al final de la sesión, al escuchar la voz del hijo de “una víctima de la IV República”: el hijo de Jorge Antonio Rodríguez, líder estudiantil, guerrillero y fundador de la Liga Socialista, partido de Nicolás Maduro.

Jorge Antonio Rodríguez fue torturado y asesinado en las cárceles del gobierno “adeco” de Carlos Andrés Pérez en 1976. Jorge y su hermana

Delcy, entonces niños, acompañaron a su madre en las angustiosas peregrinaciones por las sedes policiales, enfrentando el cinismo de los funcionarios que ocultaban la verdad mientras el padre era martirizado. Sufrieron violentos allanamientos en su hogar y luego el dolor de la madre cuando intentaron imponer la mentira de que ese hombre, joven y vigoroso, había muerto de un infarto. Una mentira descubierta por casualidad años después, cuando un médico forense confesó haber redactado, por miedo, un informe falso.

Ver al hijo de una víctima del terrorismo de Estado —que vio el cuerpo destrozado de su padre pero se niega a repetir ese odio— hacerse promotor de una ley de amnistía, es el signo de una ruptura definitiva con la lógica de la venganza. Rodríguez no buscó revancha personal, sino la vía de la convivencia para salvar la nación: la vía de una paz basada en la justicia social, pero no en el olvido.

Cuatro Temas

Los Enemigos de la Reconciliación

La Ultraderecha Sabe que no Tiene Futuro con el País en Paz

Por Clodovaldo Hernández.

El proceso de amnistía y restauración de la convivencia tiene el apoyo mayoritario de un país que quiere la paz y la concordia, para continuar en la senda de la recuperación económica que comenzó hace ya varios años; pese a condiciones externas muy adversas. Pero la reconciliación no goza de apoyo unánime. Tiene unos cuantos enemigos.

¿Quién puede oponerse a que una nación asediada y agredida avance hacia la pacificación y el entendimiento? La respuesta es la más sencilla posible: los enemigos de la reconciliación son quienes saben que, con la paz, su propuesta política no tiene futuro.

Es por eso que la ultraderecha ha dedicado sus esfuerzos a torpedear iniciativas como el proyecto de Ley de Amnistía para la Convivencia Democrática, mediante sus típicas operaciones mediáticas y de redes, utilizando las ya desgastadas ONG, y apelando a desprestigiadas vocerías de la canalla inter-



nacional.

El relanzamiento de la matriz de los presos políticos

Una de las tácticas puestas en marcha por los enemigos de la paz ha sido relanzar la matriz de los presos políticos, justo cuando se vienen llevando a cabo excarcelaciones (desde antes de la agresión imperial del 3 de enero) y en tiempos de avance de la Ley de Amnistía.

Mientras las autoridades procuran desarrollar un proceso ordenado de revisión de causas y otorgamiento de beneficios procesales, la ultraderecha manipula para sembrar desconfianza, atiza la impaciencia de los familiares e intenta descalificar el proceso iniciado.

Otro de los componentes

de la maniobra apunta a conseguir que sean liberados no solamente los procesados o condenados por delitos políticos o conexos, sino también personas que perpetraron crímenes graves, de odio y de lesa humanidad.

Asimismo, han visto la iniciativa gubernamental como una muestra de debilidad que deben aprovechar para nuevas actividades de desestabilización política, vale decir, para ir en dirección opuesta a la intención de paz y reconciliación.

Expresión clara de ese propósito fue la actitud del dirigente maricorinsta Juan Pablo Guanipa, quien fue excarcelado por decisión unilateral del gobierno y, de inmediato, transgredió los términos del beneficio reci-

bido al intentar el repetitivo plan de “calentar la calle”.

Los estudiantes de la ucv

En el afán de sabotear la amnistía, la ultraderecha ha utilizado sus piezas en el sector universitario. El 12 de febrero, Día de la Juventud, intentaron concentrar fuerzas en el campus de la Universidad Central de Venezuela para repetir uno de sus números favoritos: generar algún tipo de alteración del orden público para propiciar la respuesta de la policía. No pudieron.

Ese día únicamente lograron montar un espectáculo deplorable, en el que algunos de los jóvenes portaban banderas de Estados Unidos, demostrando así la terrible retrogradación histórica que ha experimentado el estudiantado de nuestra principal universidad.

En vista del fallido experimento, intentaron otra de sus fórmulas socorridas. Uno de los dirigentes estudiantiles salió a denunciar que la policía política lo estaba persiguiendo, aunque sin mostrar evidencia alguna de ello. Es el mismo líder que, semanas atrás, intentó debatir con la presidenta encargada, cuando ella supervisaba las obras de restauración de la Ciudad Universitaria. Todo el mundo pudo apreciar que la jefa de Estado

lo escuchó y le respondió respetuosamente, pero la ultraderecha pretende modificar esa realidad y hacer ver que fue atropellado por Rodríguez y que ahora es hostigado. Como suele decirse en lenguaje coloquial: ahora cuéntame una de vaqueros.

El odio político contra los deportistas

Una de las expresiones más abominables de los enemigos de la paz es la estigmatización de los deportistas por razones políticas. La semana pasada vimos esta triste actitud luego de que la presidenta encargada recibió, en el palacio de Miraflores, a los jugadores, técnicos y directivos del equipo Navegantes del Magallanes, campeón de la Serie de las Américas, que se disputó en Caracas y La Guaira, con participación de divisas de Argentina, Colombia, Cuba, Curazao, Nicaragua y Panamá.

Los enfermos de odio atacaron a los deportistas por haber participado en el encuentro en la sede gubernamental, argumentando que se estaba apuntalando al “régimen” y politizando el beisbol. Les causó mucha furia ver a peloteros y “coach”, tomándose fotos con la presidenta encargada.

Es un síntoma de disocia-

ción mental que merece atención especializada en el caso de los opinadores comunes de las redes sociales, pero en lo que toca a los líderes, es un acto de extremo cinismo, pues si algún sector ha politizado el beisbol ha sido el antichavismo, con apoyo imperial. En 2002, hasta cancelaron el campeonato en pleno diciembre, para aumentar el malestar generado por el paro-sabotaje petrolero y patronal. A partir de mediados de la década pasada, aplicaron medidas coercitivas unilaterales a los equipos que tuvieran alguna participación del sector público (entre ellos, el Magallanes, por cierto); en 2019 impidieron que Barquisimeto fuera sede de la Serie del Caribe y lo mismo hicieron este año, cuando este torneo se iba a realizar en los estadios: Monumental Simón Bolívar, Universitario, y Jorge Luis García Carneiro.

La jugada les salió mal: la Serie del Caribe, mudada a México, fue un gran fracaso económico y deportivo, mientras la Serie de las Américas resultó una experiencia excelente y terminó con un apoteósico lleno en el gigantesco estadio de La Rinconada que sirvió de marco a la gran remontada que coronó al Magallanes.

La Tentación de Patear el Tablero



Por Eduardo Cornejo de Acosta.

Indignante, inconcebible; son algunos términos con los que la opinión pública se ha referido al grotesco mensaje que colocó el presidente Donald Trump, en sus redes sociales, mostrando a Barack Obama y su esposa como simios. Aunque minutos después los eliminó de la plataforma Truth Social, el material audiovisual de 62 segundos, publicado la noche del jueves 5 de febrero, ya había causado un enorme revuelo.

Entre los primeros en pronunciarse estuvo el senador Tim Scott, único representante afroamericano del Partido Republicano en el Senado, quien calificó el contenido de racista.

Scott es presidente del Comité Senatorial Nacional Republicano, el brazo de campaña que tiene la tarea de mantener el control del Senado, un papel clave de cara a las elecciones intermedias en noviembre.

Por su parte Mike Lawler,

representante republicano por Nueva York, afirmó que la publicación del presidente era “incorrecta e increíblemente ofensiva”.

Y las reacciones siguieron, el gobernador de California, Gavin Newsom, llamó “comportamiento repugnante por parte del presidente... Todos los republicanos deben denunciar esto, ahora”.

JB Pritzker, gobernador de Illinois, también demócrata, dijo: “Donald Trump es un racista”.

El ex asesor adjunto de

seguridad nacional para comunicaciones estratégicas en la Casa Blanca, Ben Rhodes, dijo: *"que persiga a Trump y a sus seguidores racistas el hecho de que los futuros estadounidenses abrazarán a los Obama como figuras queridas mientras lo estudian a él como una mancha en nuestro país"*.

A su vez Derrick Johnson, presidente de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, dijo que el vídeo era *"repugnante y absolutamente despreciable"*.

Johnson dijo que Trump intenta desviar la atención del escándalo Epstein y de *"una economía en rápido declive"*.

"¿Saben quién no está en los archivos de Epstein? Barack Obama. ¿Saben quién realmente mejoró la economía como presidente? Barack Obama", añadió.

Hakeem Jeffries, líder de la minoría en la Cámara de Representantes, acusó a Trump de ser *"despreciable, desquiciado y malintencionado"*. *"Todos los republicanos deben denunciar de inmediato la repugnante intolerancia de Donald Trump"*, recal-

có el representante demócrata.

Recordemos que Jeffries, el año pasado, acusó de racismo a Trump luego de que el mandatario compartiera una imagen generada por inteligencia artificial donde lo mostraba con bigote y sombrero. Un estereotipo ofensivo que mostraba como los supremacistas ven a los mexicanos.

The New York Times, el influyente periódico norteamericano, publicó el 6 de febrero: *"la representación de Obama y su esposa como simios perpetúa un estereotipo racista, utilizado históricamente por los traficantes de esclavos y los segregacionistas para deshumanizar a las personas negras y justificar linchamientos"*. Agregó que *"Trump tiene un historial de comentarios degradantes sobre la gente de color, las mujeres y los migrantes, y por años se ha ensañado particularmente con la familia Obama"*.

Durante el gobierno de Trump las imágenes y los lemas racistas se han vuelto habituales en los sitios web oficiales. La Casa Blanca, el Departamento de Trabajo y el De-

partamento de Seguridad Nacional han promovido publicaciones en redes sociales que se hacen eco de mensajes supremacistas blancos.

La secretaria de prensa de la Casa Blanca, Karoline Leavitt, quien cada vez se nota más titubeante, señaló que el vídeo proviene de *"un meme de internet que representa al presidente Trump como el rey de la Selva"*.

"Por favor, dejen de fingir indignación y reporten hoy algo que realmente le importe al público estadounidense", agregó.

Luego, el viernes 6, desde la Casa Blanca difundieron la versión de que un funcionario de la Casa Blanca había publicado el video "por error", y que la publicación fue eliminada.

La contradicción es evidente. Primero dicen que fue una broma, un meme de internet, cómo si no significara nada, como si fuera "una travesura".

Luego de ver la torpeza de la respuesta y la creciente indignación, dicen que un funcionario cualquiera publica el mensaje.

¿Cualquier funcionario de menor rango puede publi-

car mensajes en la cuenta oficial del presidente? ¿Nadie controla la seguridad de esa cuenta? ¿En manos de quien está la Casa Blanca?

¿Y si a un funcionario de esos, ebrio, se le ocurre anunciar un ataque nuclear a otra potencia?

Esas excusas dejan muy mal parados a la Casa Blanca y a Donald Trump.

Y, como si no fuera suficiente, Donald Trump, horas después, no quiso disculparse por el desaguado.

"Yo no cometí un error", dijo.

Todo esto ha caído muy mal entre los dirigentes del Partido Republicano, quienes ven que esos arrebatos de Donald Trump los dejan en muy mala situación para las elecciones de medio término y otras de índole estatal o local.

De hecho, Trump sufrió otro duro golpe en la elección especial del 60.º Distrito de la Cámara de Representantes, en el Estado de Luisiana.

Allí la demócrata Chasity Martínez ganó con 62%

de los votos frente al 38% del republicano Brad Dai-
gle. Esa diferencia de 23 puntos resulta traumática de cara al futuro.

Desde que Trump volvió a la Casa Blanca, los demócratas recuperaron ocho distritos que estaban en manos republicanas a través de elecciones especiales y sumaron además 18 bancas, en Nueva Jersey y Virginia, en las elecciones de noviembre pasado. Hasta el momento, los republicanos no han logrado revertir ninguna.

Son ya 9 derrotas desde su vuelta a la presidencia; 7 consecutivas si contamos Nueva York, New Jersey, Virginia, el referéndum en California, la alcaldía de Miami, y las elecciones especiales en Texas y Luisiana.

Se le complica la situación al locuaz mandatario: Su política antiinmigrante, que causó dos muertes en Minneapolis; su inentendible política exterior y, especialmente, una caída del empleo como consecuencia de la política de aranceles, han provocado una grave crisis en su popularidad.

Así las cosas, los republicanos se encuentran muy debilitados de cara

a los nuevos comicios. Las elecciones de medio término son en 9 meses, pero, así como van las cosas les resultará muy difícil revertir esta tendencia de sinsabores.

Trump ya advirtió que una derrota en noviembre podría significar su defenestración como presidente. Entonces, ¿por qué comete tantos errores? ¿Por qué no los enmienda? ¿No se da cuenta de que memes como los de Obama debilitan más su popularidad?

¿Por qué ese iracundo proceder, carente de la más elemental lógica política, electoral? ¿Será que pretende darle una patada al tablero? Y es que hay declaraciones que generan dudas.

Un personaje muy ligado a Trump, a su entorno más radical, Steve Bannon, está pidiendo el despliegue de agentes del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE, por sus siglas en inglés) en los centros de votación durante las elecciones de mitad de mandato.

Esas declaraciones se producen a pocos días de que Trump pidiera "nacionalizar" las elecciones. "Y tiene toda la razón,

vamos a tener al ICE alrededor de las urnas en noviembre. No vamos a quedarnos aquí sentados, permitiendo que se vuelvan a robar el país. Y pueden quejarse, llorar y hacer todo el berrinche que quieran, pero nunca más permitiremos que manipulen los resultados de unas elecciones”, señaló Bannon.

En respuesta, el senador demócrata Ed Markey dijo: *“Este es un momento de alerta máxima. Tenemos que empezar a tomar medidas para proteger los centros de votación de los matones paramilitares del Servicio de Inmigración de Trump antes de que sea demasiado tarde”*.

Actualmente los republicanos tienen una estrecha mayoría de cuatro escaños en la Cámara Baja.

Así como van las cosas, sin que Trump parezca rectificar su rumbo, la debacle electoral es el escenario más probable para los republicanos. Y aquí lo más preocupante. Parece que el trumpismo, sobre todo el propio mandatario, esté vislumbrando otra vía.

Su discurso, su accionar, no es el de un estadista

que busque la cohesión nacional. Se asemeja más al de un jefe tribal que pretende eliminar a sus adversarios en vez de unir el país. La cohesión no es su meta. Parece que quiere sólo “fans”. Fanáticos que abracen una agenda supremacista, excluyente.

Fans a los que el insulto, la descalificación del adversario, les parezca muy bien. En las redes hubo un número significativo de seres aplaudiendo que Trump publicara esa imagen de los Obamas.

Son muchos los que apoyan esa cacería contra los migrantes. Por eso no extraña que diariamente se vean enfrentamientos a golpes entre estos fanáticos trumpistas y ciudadanos latinoamericanos que no están dispuestos a ser maltratados sin responder a la agresión.

En ese interín vemos a los Panteras Negras reclutando nuevos militantes. Sus dirigentes han dicho que no sólo defenderán a la comunidad afroamericana, también socorrerán a los latinoamericanos. El flamante alcalde de Nueva York, Zohran Mamdani, firmó una nueva orden para proteger

a los residentes frente a la política de “aplicación migratoria abusiva” de la administración de Donald Trump.

Lo hizo como una reafirmación del estatus de Nueva York como ciudad santuario.

Como era de esperarse, el gobierno federal criticó la medida reavivando el debate sobre competencias entre autoridades locales y federales en materia migratoria.

Hay un escenario convulso que tiene visos de empeorar. Trump parece apostarle a eso. Los demócratas saben que este es un buen momento para derrotar a su arrogante rival.

Trump ya desconoció resultados electorales cuando fue derrotado por Joe Biden e incentivó a sus seguidores para que asaltaran el Capitolio. ¿Pateará el tablero si se ve acorralado?

Un detalle importante, Trump no es parte del establishment. Quizá los mismos republicanos apuesten por su salida. Quizá sea momento de prestarle más atención al vicepresidente J. D. Vance.

Entre la Paz y El Asedio: El Desafío Político de la Revolución Bolivariana



Por Geraldina Colotti.

CARACAS La historia del socialismo está constelada de gestos que definen una época. Cuando Iósif Stalin respondió a la propuesta nazi de intercambiar a su hijo Yakov por el feldmariscal Paulus diciendo: "No intercambiaré un soldado por un general", se-

lló la ética del comunismo del siglo XX. Era la ética del sacrificio absoluto, de la sumisión del vínculo de sangre a la férrea disciplina de la lucha de clases global. Era el tiempo de la "dictadura del proletariado", donde la supervivencia del símbolo contaba tanto como el aguante del frente. Era el tiempo de Bertolt

Brecht, consciente de que quien había querido preparar el terreno para la amabilidad no había podido permitirse ser amable; el tiempo, después de Frantz Fanon, que quería descargar el machete sobre la máscara del "humanitarismo" colonial. Brecht vive la crisis del capitalismo entre las dos guerras y el

ascenso del nazismo; Fanon vive el ocaso de los imperios coloniales. Dos generaciones distintas, pero unidas por la voluntad de usar la palabra y la acción para desenmascarar los mecanismos de la opresión, fuera esta de clase o colonial.

En la película *Apocalypse Now*, el protagonista Kurtz cuenta cuando, como oficial estadounidense, fue a una aldea para vacunar a los niños contra la poliomielitis. Después de que los médicos norteamericanos se habían ido, un hombre de la aldea corrió a llamarlos. Al volver atrás, encontraron un montón de pequeños brazos amputados: los Vietcong habían pasado y habían cortado un brazo a cada niño que había sido vacunado por los invasores. Aquel acto terrible no era simple crueldad, sino un mensaje político absoluto: "No queremos nada de ustedes, ni siquiera la salud, si es instrumento de su colonización". Kurtz queda impactado por la "pureza" de aquel odio y por la voluntad de acero de un pueblo que prefería la automutilación antes que aceptar el "don" del invasor. Y el Che Guevara luchó hasta la muerte para encender "uno, cien,

mil Vietnam".

El Socialismo del Siglo XXI, del cual Hugo Chávez fue el principal arquitecto, opera en cambio, desde su inicio, sobre un terreno ontológicamente distinto. Quien apoyó la revolución bolivariana, y más aún la "revolución ciudadana" en Ecuador o "la de los indígenas" de Evo Morales en Bolivia, sabía (o debería haber sabido) que no estaba apoyando al Vietnam de Ho Chi Minh, ni a la Cuba del Che Guevara, esa que hoy reivindica el "enviar médicos y no bombas": incluso a gobiernos de derecha, como los de Italia.

Las cosas son así porque no ha habido revoluciones, o cambios radicales, en Europa ni en los países capitalistas donde se decide el costo del trabajo y se deciden las guerras imperialistas. Y donde a los guerrilleros derrotados, pero no rendidos, se les niega el derecho a la palabra.

En Venezuela, las palabras de Brecht o de Fanon ofrecen todavía las herramientas para desmontar las distorsiones producidas por la propaganda actual y por la "filosofía del fragmento", pero en otro contexto histórico. Así, la unión cívico-militar

de un ejército "pacífico, pero armado" está emparentada con la "guerra de todo el pueblo" de Ho Chi Minh, y el centenario de Frantz Fanon, Malcolm X; y Lumumba es celebrado en nombre de un "nuevo humanitarismo", a imponerse más con la fuerza del proyecto transformador que con la de la coerción estatal.

¿Equívoco o desafío a asumir también para quien, aun mirándole a la cara al enemigo, aun sin sustraerse, apuesta por no transformarse en la bestia que quiere combatir? Un desafío que, de todos modos, debería gustar a quien, en Europa, ha hecho de la "no violencia" un principio absoluto.

El púlpito de quien ha mirado de frente la cuestión, desde el punto más alto y más difícil de la lucha de clases en Europa, —la lucha armada— no permite proponer absolutos: ni entusiasmos seniles por un realismo sin socialismo, ni vuelos pindáricos que transformen las herramientas en principios, tan abstractos como para adormecer o paralizar.

Quien critica desde la "ultraizquierda" la negociación para la liberación de Nicolás Maduro y Cilia Flores, evocando la necesidad de una res-

puesta armada definitiva o de un sacrificio extremo (posición, por lo demás, inexistente en Venezuela y solo sugerida desde fuera), ignora la lección gramsciana que el chavismo ha hecho propia: la revolución es una guerra de posiciones larga, extenuante, que se juega dentro y contra las instituciones burguesas.

Desmantelar el Estado burgués desde el interior no significa sucumbir a él, sino ocupar sus grietas para construir poder popular, dice la revolución bolivariana. En esta lógica, el presidente y la "Primera Combatiente" no son solo figuras individuales, sino garantes de la estabilidad institucional y de la paz. Su incolumidad es la condición necesaria para que el proceso revolucionario no se deslice hacia el caos sanginario que el imperialismo ya ha ensayado en Libia o en Siria.

Mientras el comunismo del siglo XX operaba por ruptura violenta, el socialismo bolivariano opera por transformación hegemónica. La lógica de Stalin llegaba a sacrificar al hijo para salvar el principio de la igualdad en el dolor. La lógica de Chávez, de Maduro, y ahora de la presidenta

encargada Delcy Rodríguez es la de proteger el liderazgo para salvar el vínculo social y el derecho a la vida del pueblo. La búsqueda de una negociación en el caso del secuestro del 3 de enero no se entiende, por tanto, como una claudicación, sino como un acto de madurez política en un contexto de chantaje inédito. Quien invoca la lucha armada hasta el extremo sacrificio (en casa ajena), olvida que el objetivo del socialismo bolivariano no es la muerte heroica, sino la "suprema felicidad social". El chantaje del secuestro apunta, en cambio, precisamente a empujar a la Revolución hacia un callejón sin salida de violencia que justificaría el aniquilamiento total.

Se necesita, pues, lucidez para contrastar a los fascistas venezolanos desatados en las academias italianas en calidad de "defensores de la democracia contra la dictadura", flanqueados por esos presuntos "chavistas" que, aliándose con las derechas, han contribuido a construir la narrativa que llevó al ataque. Esta extraña alianza apunta también ahora a la desestabilización para favorecer la ocupación

del país e imponer el orden hegemónico norteamericano. Cuantos más espacios se logren sustraer al fascismo, será, por tanto, una ganancia para la revolución.

Negociar, por lo demás, no significa traicionar. La historia está llena de retiradas estratégicas que salvaron la Revolución (aunque en forma reducida): en 1954, Ho Chi Minh firmó la paz de Ginebra. Aceptó la división de Vietnam para consolidar el Norte y preparar la victoria final, a pesar de las críticas de los maximalistas.

En este siglo, en 2007, la amnistía de Chávez liberó a los golpistas de 2002 para aislar al ala violenta y reforzar la legalidad revolucionaria. Y gran parte de la guerrilla colombiana aceptó el paso de la lucha armada a la lucha política, también para preservar la vida de las comunidades y la perspectiva. Y, aun ahora, en el parlamento venezolano se está discutiendo una amnistía general propuesta por la presidenta encargada.

Hay, en cambio, una izquierda que parece amar solo las revoluciones derrotadas, los mártires caídos y las banderas ensangrentadas. Es una izquierda que critica la

negociación porque la ve como un compromiso, cuando en realidad es el uso táctico (y también obligado) de la diplomacia de paz (y de la diplomacia proletaria, como están diciendo los obreros invitando a los trabajadores a la solidaridad mundial) en un momento de asimetría militar.

Contextualizar y defender la línea de la negociación significa entender que hoy la resistencia se mide en la capacidad de mantener el Estado funcionando, de garantizar el pan y la salud, y de traer de vuelta a casa a los líderes elegidos por el pueblo. El socialismo bolivariano no busca la gloria del martirio, sino la concreción de la victoria. No necesitamos —dice— héroes muertos, necesitamos una revolución viva y capaz de salir adelante desde una posición de dignidad, como demuestra la firmeza de Cilia Flores quien, aun pudiendo salvarse del secuestro, permaneció al lado de su compañero y del proyecto político.

Como nos enseñó Lenin, los comunistas a veces deben pasar por puertas estrechas, sabiendo que pueden perder algunas plumas e incluso la cola, pero lo importante es no

perder la cabeza que continúa mirando al horizonte. El mantenimiento del poder político es la precondición para cualquier transformación social.

Ceder al chantaje del imperialismo o deslizarse hacia la provocación violenta significa entregar el país a la ocupación definitiva, y a letanías similares a las del “nos lo pide Europa” para imponer la guillotina sobre los derechos de las clases populares.

No estamos ya, por otra parte, en el corazón del siglo XX, sino en un complejo contexto internacional gobernado por los mecanismos del mercado; incluso donde se dibuja la posibilidad de un mundo multicéntrico y multipolar. Y estamos en medio de una guerra híbrida, multidimensional, donde el enemigo no busca solo conquistar territorio, sino distorsionar la psique colectiva y la arquitectura institucional de un pueblo a través de esa “balcanización de los cerebros” que aspira a destruir la identidad nacional y el consenso internacional.

Está ya claro que, detrás de las consignas de la “democracia” y de la presunta cruzada contra el narcotráfico se oculta

la Codicia extrapesada, como reza un reciente libro nuestro sobre la relación entre poder y petróleo en Venezuela: el ansia existente por un recurso que, aunque en vías de agotamiento, constituye el objeto de una disputa geopolítica por un modelo de desarrollo, el capitalista, en crisis estructural y de perspectiva.

Esta brama es de naturaleza interna y externa. Quien critica hoy la presunta docilidad de Venezuela, ignora que el proyecto bolivariano es blanco del imperialismo porque se atrevió a poner el petróleo al servicio de los pueblos y no solo de los mercados. Hay que responder con firmeza a quienes, desde una izquierda europea a menudo inerte, critican hoy el proceso bolivariano lanzando ataques “puristas”, impulsados por las “bombas cognitivas” llamadas fake-news.

¿Pero qué han hecho estos críticos para evitar que las “sanciones” estrangulen a Venezuela? ¿Dónde estaban mientras el bloqueo financiero impedía la compra de alimentos y medicinas? ¿Dónde estaban mientras se secuestraban las refinerías de Citgo y las reservas de oro de Venezuela en Lon-

dres? ¿Acaso salieron a la calle todos los días para decir “no” a la ilegalidad de medidas coercitivas unilaterales contra un país pacífico o contra el bloqueo a Cuba? No, muchos primero apoyaron al autoproclamado Juan Guaidó, y luego aplaudieron el premio Nobel de la paz dado a la trumpista María Corina Machado. Es demasiado fácil ser “puristas” de la revolución con el trasero a salvo en las democracias liberales. Desde el púlpito de ciertos boletines, se critica la negociación por la liberación de Nicolás Maduro y Cilia Flores como si fuera una claudicación y no un paso obligado, pero la pregunta es brutal: ¿quién está dispuesto hoy a inmolarsse con un fusil en la mano, dentro y fuera de Venezuela? Ninguno de estos críticos “radicales” está listo para el extremo sacrificio, y sin embargo pretenden que

el pueblo venezolano elija el suicidio colectivo para satisfacer su narcisismo de la derrota. Y para luego, tal vez, criticarlos en nombre de la “no violencia”.

A quien exige el martirio ajeno, responde un post del revolucionario vasco Agustín Otxotorena: “Veo a algunos insultar desde España a Delcy por haber intentado frenar el saqueo y la destrucción militar de Venezuela a través de la diplomacia y el acuerdo. Les recuerdo que en España hay varias bases de los Estados Unidos y pueden lanzarse cuando quieran a practicar la lucha armada contra el ejército norteamericano. Para dar el ejemplo revolucionario. Insultar, calumniar y exigir fuego y muerte desde un teclado a 8.000 kilómetros de distancia, mientras te tapas con la manta en casa o te bebes un vino en el bar, te define a ti, no a Venezuela, ni al

chavismo, ni a Delcy.”

Hoy la IA y la manipulación mediática actúan como armas de distracción masiva y para invertir símbolos y sentido: se legitiman los fascismos, patentes o enmascarados, y se criminaliza la resistencia bolivariana, y la de clase en los distintos países.

Por otro lado, según las indicaciones dejadas por el presidente Maduro, la clase obrera venezolana está preparada también para “quemar los pozos”, pero sigue la línea del gobierno: abrir brechas y ganar tiempo. Y así lo hace el movimiento de mujeres, lanzado por la Brigada Internacional Cilia Flores.

Defender a Venezuela hoy, significa defender el derecho internacional y la “ternura de los pueblos”, que no es un sentimiento débil, sino la fuerza de quien no pierde la cabeza mientras atraviesa la tempestad.



Presidente del Psuv:
Nicolás Maduro Moros

Secretario General del Psuv:
Diosdado Cabello

Vicepresidencia de Comunicación:
Jorge Rodríguez



Director General: Gustavo Villapol.

Jefa de Redacción: Johanna Carvajal. **Diseño y Diagramación:** Eugenio Rada

Equipo de Trabajo: Iván Mc Gregor, José Salazar, Mariana Rodríguez, Anaís Churión, Judith Casianis, Marianny Pereira, Gherio, Manuel Atencio, Antonio Roderio, Gabriel García, Adriel Martínez y Gisell Viloria. **Corresponsal en Europa:** Geraldina Colotti.

Depósito Legal: pp201401DC1761



@CuatroFWeb



@CuatroF Web



Cuatro F Web



Cuatro F Web



#Losqueremos DeVuelta